EL CRIOLLISMO LIMEÑO

POR

CARLOS AQUILES HERRERA

LIMA - 1944

EL CRIOLLISMO LIMEÑO

POR

CARLOS AQUILES HERRERA

LIMA - 1944

INTRODUCCION

Una muy amistosa polémica sobre la posibilidad de expresar la poesía criolla con prescindencia del modismo, sostenida hace seis lustros entre el poeta José Gálvez y el escritor costumbrista Abelardo Gamarra, me ha conducido a la investigación del contenido esencial de lo criollo literario, que me ha dado aptitud para compenetrarme con el proceso de refundición de los elementos integrantes del criollismo limeño, estudiándolos desde la época del descubrimiento del Perú.

Mi entrañable amor a la verdad, mi honda inquietud por descubrirla y mi firme resolución de defenderla constituye la razón de ser de este trabajo. Por ello, aun a riesgo de incurrir en prolijidad, cumplo con un deber de consecuencia al esclarecer la metamórfosis del término criollo que ampara la denominación de criollismo limeño, referida a la expresión más acendrada de nuestra más autóctona literatura del Perú independiente. Y no será improcedente enunciar que tan problemática denominación tiene génesis análoga a la de Champagne Nacional. Son denominaciones que implican omisión relativa a la importancia del origen del nombre para considerar tan sólo la calidad de lo nombrado.

Fué precisa durante el Coloniaje la acepción del término criollo. Se usó para nombrar al español y a lo español trasplantado a esta

ubérrima porción de la Tierra que, en 1493, todavía innominada y con extensión y comprensión indefinidas, fué sometida al cetro de los Reyes Católicos, por la bula de Alejandro VI. Para diferenciar al negro nacido en América de su ascendiente africano se lo llamó negro criollo. Pero debe advertirse que los vástagos limeños de los que descendieron de las zonas andinas del Tahuantinsuyo eran criollos, porque indígenas sólo relativamente, por el medio geográfico, son los costeños, hablando con respecto a Lima, de modo exclusivo, como procede en el presente caso. En verdad, por la síntesis operada en el curso de los siglos se ha hecho muy difícil el discernimiento entre los descendientes de españoles exentos de mezcla y los de constitución racial heterogénea. Por tanto habrá que convenir que con la denominación de criollismo limeño designamos actualmente una aptitud que posee el limeño de pura cepa para vivir y comprender el «Perú mestizo y orgulloso de serlo». Siendo así, la peculiaridad limeña nombrada criollismo, emancipando el término de su legítima acepción, deja de ser, en virtud de sus notas individualizadoras, el retoño declinante de la faz alegre del carácter español para erguirse como un nuevo autoctonismo, por ser la modalidad esencial del limeño del Perú republicano, que se destaca con fisonomía original, que, al consolidarse, acendrarse y difundirse imprimirá sello inconfundible a las producciones literarias.

Al estudiar la confrontación de los disímiles elementos culturales y étnicos, cuya síntesis potencial es el antecedente necesario de nuestro acendrado criollismo, he hallado referencias e interpretaciones de nuestra realidad pretérita, cuyos fragmentos culminantes inserto a menudo para que tengan mis aserciones el apoyo inmediato de su autoridad, aun cuando en algunos casos, abarcan, relativamente, dilatada extensión.

Finalmente, en esta introducción, quiero anunciar que únicamente me propongo verificar los juicios expresados por Gamarra, con certidumbre íntima en su comentario a la crítica de la poesía criolla hecha por Juan Bautista de Lavalle y en su réplica a la carta que le dirigió José Gálvez con motivo de dicho comentario, que a continuación transcribo:

«Con que hay que andar despacito con la poesía criolla y muy despacito por lo mismo que es sencilla en medio de su grandeza y profundidad».

«No basta ver y oir para ser criollo, el criollismo necesita estar en el alma y en la conciencia».

«Don Felipe Pardo todo pudo ser menos criollo en el sentido estricto de la palabra».

«Que se pueda pintar la poesía criolla sin sus términos, no sólo que no se puede sino que no se podrá perlita».

Transcritos sus anteriores juicios admonitorios y sentenciosos, debo dejar establecido que cuando Gamarra condensa sus fórmulas sobre el criollismo y pronuncia sus fallos sobre sus intérpretes, con precisión que le permite encerrar en pocas palabras apreciaciones integrales, se refiere al criollismo de pura cepa limeña.

Para verificar los citados juicios de Gamarra hago el estudio comparativo de nuestros esclarecidos escritores Segura, Palma y Pardo.

EL CRIOLLISMO ES REFLEJO DE LA CONFRONTACION DE DISIMILES ELEMENTOS ETNICOS Y CULTURALES CON TENDENCIA A LA SINTESIS

El criollismo de pura cepa limeña, y republicano del que son intérpretes: Segura, en sus mejores comedias y Palma, en sus más originales tradiciones radica en cierta forma de reaccionar de la desazón interior provocada por el conflicto de caracteres raciales antagónicos. Tal forma de reacción requiere que el criollismo esté «en el alma y en la conciencia». Y este criollismo que no puede ni podrá expresarse con prescindencia del modismo local es una postura exenta del humor satírico que revive la rebeldía del conquistador, que, orgulloso de su raza y de sus glorias nacionales, menosprecia el Nuevo Mundo. Tal rebeldía en muchos de los satíricos del Perú independiente acaso no es sino un reflejo de la influencia literaria. Pero también es cierto que, por atavismo, revive en algunos la pugna del desterrado español contra la hostilidad del medio extraño, la cual en los que son de constitución racial heterogénea se expresa altanera al lado de inesperados afloramientos de algún otro atavismo que en la subconciencia pugna a su vez contra incomprensivas represiones. De allí que siempre convenga recordar que Lima fué fundada en un sitio donde jamás hubo población, bajo la estrella de los tres reyes magos, el mismo día en que la Iglesia celebra la Cátedra de San Pedro para cumplir el ideal cristiano que hermana a los hombres sin diferencias de raza y de color, y, que la transformación de la raza española en América ha sido determinada por la acción conformadora del medio geográfico y por los cruzamientos con las razas india y negra. Dice a este respecto el «Lazarillo de Ciegos Caminantes»: «De Lima a Jujuy, que dista más de quinientas leguas, sólo se encuentran españolas de providencia provisional, con mucha escasez, en Huancavelica, Huamanga, Cuzco, Paz, Oruro y Chuquisaca y en todo el resto hacen su conquista españoles,

negros y mestizos entre las indias, como lo hicieron los primeros españoles de que procedieron los mestizos. Estas mezclas inevitables son las que disminuyen más el número de indios netos por tener un color muy cercano al blanco y las facciones sin deformidad, principalmente las narices y labios». «Todos saben que en este reino y en particular en los valles de Piura a Nazca están entrando de más de cincuenta años a esta parte considerables partidas de negros de ambos sexos, y sin embargo de que los hacendados los casan no vemos que aumente la casta, no obstante su fecundidad y esto nace de que los españoles se mezclan con las negras de que nacen unos mulatillos que procuran sus padres libertar...»

Por su organización administrativa el Virreinato del Perú era una prolongación de la Metrópoli, pero las leyes de la naturaleza y el sino histórico hubieron de cumplirse pese a quienes cegados por su soberbia pretendieron destruirlo todo para crearlo todo a su imagen y semejanza. Los creadores de las nuevas españas en América pudieron construir iglesias y palacios, cuya arquitectura y escultura reproduce el estilo barroco, plateresco, churriguresco..., pero no pudieron impedir la transformación somática y mental de sus descendientes. La conquista del Perú fué simultánea a la fusión de la raza española y la cobriza; y no tardó el cruzamiento de ambas con la negra.

Sobre el proceso de síntesis racial y cultural de los conquistadores y los vencidos del Tahuantinsuyo dice Ventura García Calderón:

«Cuatro siglos de cultura confieren al Perú fisonomía peculiar en el continente sur. El conquistador español que sabe muy poco de libros, pero que ha estudiado como Descartes en el gran libro de la experiencia a través de los campos de batalla del mundo se da de bruces en América con una raza pulida y supercivilizada. Esta raza ha inventado un tipo coherente de civilización y una forma genuina de elegia. Puede considerarse la batalla de Cajamarca, el 16 de noviembre de 1532 como una de las batallas más extraordinarias de la Historia. Dos tipos de hombres casi antagónicos se disponen ahí a operar una temeraria transfusión de sangres. Se afrontan y confrontan el individualismo del español y el comunismo ingénito del indio: la energía frené-

tica de los descubridores del mundo y el esfuerzo suspirante de los que transportaban piedras a lomo de hombre. Comienza en el camino de Paita a Cajamarca el gran diálogo de la guitarra y de la quena. Desparpajo y audacia por un lado; timidez, admirable lirismo y flojedad de ánimo por el otro. Lleva en su alma compleja el conquistador, con arranques islámicos y judaicos, un cristianismo agresivo que sólo se acuerda del cielo en la agonía. Mantiene el indio quechua un deismo vago, tan lleno de temores agoreros, que no pasará por delante de una apacheta sin arrojar su piedra votiva. Nunca dos razas más lejanas sentimentalmente estuvieron condenadas por el destino a vivir juntas hasta fundirse en un crisol y amalgamarse...»

El ansia del oro de los soldados y aventureros estuvo en necesaria oposición con la doctrina de Cristo, pero los recién llegados tomaron a la india por esposa o concubina. Ya antes del descubrimiento del Perú, la americanización del español precedió siempre al sometimiento efectivo de los pueblos abórigenes y muy pronto se desnevolvieron en el desterrado modalidades diferentes a las pninsulares, y los que mejor se adaptaron al clima y las costumbres del país formaron la mayoría de los grandes capitanes de la Conquista. Pero también es cierto que aun cuando el español sufrió la influencia del ambiente del Nuevo Mundo y adoptó las costumbres aborígenes, sus sentimientos más recónditos y sus prejuicios de raza originaron siempre reacciones. En los irreductibles desarrolló el instinto de dominio y el menosprecio por lo extraño; y en los capaces de hacer prevalecer su ingenio sobre su disgusto dió origen a la sátira, respecto de la cual dice García Calderón en la Nota Preliminar «del tomo «Costumbristas y Satíricos» de la Biblioteca de Cultura Peruana»: «Cuando se escriba la historia de la sátira en el Perú habrá que remontarse muy lejos. En los primeros vivaques del conquistador, a la lumbre de la candela mal rescoldada, con la guitarra en brazos, como una novia, está el primer peruano satirizando los reveces de la suerte y la pertinacia de su mala fortuna... En los arenales y en los Andes alucinantes, cuando la exigua tropa de la Conquista sube a Cajamarca a perder la vida o a encumbrarla, ya está el peruano improvisado burlándose... Famosas son las burlas de Francisco Carvajal en la derrota y en el patíbulo...

A raíz de la Conquista con un poco más de literatura, nuestro Francisco Jerez hubiera manifestado en verso el mismo desdén que expresaba en prosa. ¿Puede acaso vivirse en esta tierra donde el pan candeal y el vino de pajarete están mal sustituídos por la chicha fermentada y unas mazorcas de maíz... Organizada la vida del Coloniaje sobran poetas... Bien mirado nuestro Juan Caviedes es como uno de tantos. Si su talento excepcional lo destaca del grupo, sabemos que la plaza está llena de otros copleros criollos que pueden rivalizar con él en epigramas... La República saca a las calles esta impunidad de la sátira tan peligrosa como la intemperancia virreinal. Quevedo reverdece en Felipe Pardo y en Larriva. Toda una escuela de costumbristas que parece derivarse de Larra, Mesonero Romanos y Estébanez Calderón, es en realidad inequívocamente criolla. Un cierto matiz de burla nos advierte que estos hombres, criollísimos sin saberlo siempre, están ya entregados a los sortilegios del medio. Linda aventura es, por ejemplo, que tan desdeñoso aristócrata como Felipe Pardo, venido de España a criticar la reciente democracia se enamore paulatinamente de la realidad que pone en solfa. De su ternura disimulada quedan testimonios como su niño Goyito, burlado con tanta simpatía entrañable como la que puso Larra en su «castellano viejo».

Bien sabe García Calderón que no corresponde una ascendencia española absolutamente pura a todos los costumbristas que agrupa en la escuela «inequívocamente criolla». Por tanto no averigua acerca del contenido étnico del autor y fija su atención únicamente en la aptitud para expresar en sus producciones literarias la calidad psicológica atribuida al criollo.

Cuando Gamarra sentencia: «Don Felipe Pardo todo puede ser menos criollo en el sentido estricto de la palabra» incurre en omisión relativa a la primera acepción del término porque al restringir su sentido lo valoriza tan sólo en cuanto es síntesis potencial de elementos disímiles. Y en verdad le asiste en el fondo la razón, ya que las mejores expresiones criollas serán siempre las que reflejan con mayor fidelidad la adaptación del trasplantado al nuevo ambiente, pues, el criollo para progresar en el medio extraño (en razón de su linaje) debe seguir un proceso de transformación que alejándolo

de sus predecesores lo lleva a su autonomía. De no ser así habría de retornar a la Metrópoli o resignarse a la momificación.

Vemos en efecto que el descendiente de peninsulares, de estirpe exenta de cruzamintos dsde su arribo a América, era tanto más criollo cuanto más compenetrado estaba con lo que no era prolongación de la Metrópoli. El que por atavismo se sentía extraño al terruño no era realmente criollo sino desterrado, íntimamente no vivía la realidad de la colonia, ya que siempre vivir es convivir profundamente. Durante el Coloniaje se libran combates en lo íntimo entre la tradición peninsular y las solicitaciones del presente, entre el amor a la tierra natal y la nostalgia atávica de la patria distante. En la campaña libertadora, el americano que llevaba el criollismo «en el alma y en la conciencia» fué «patriota», y, el que sintió la fuerza imperativa del atavismo peninsular defendió el imperio colonial de España.

Tres siglos después de la Conquista las castas sociales no implican necesariamente una absoluta diferenciación de razas y la heterogeneidad racial llega, en la República, a la esfera del poder.

Al finalizar el Coloniaje ni al autóctono se podía reconocer fácilmente. Refiriéndose al indio establecido en Lima y aplicado al trabajo en los oficios mecánicos y puestos de mantería, dice el «Lazarillo de Ciegos Caminantes»: «No se piense sacar de la esfera de los indios a muchos hombres y mujeres porque los ve usted de color más claro, porque esto proviene de la limpieza y mejor trato, ayudado de la benignidad del clima y así sus descendientes pasan por mestizos finos y mucho número por españoles». En las postrimerías del siglo XVII no era siempre bien fundada la pretensión o la creencia de una ascendencia española sin aporte negro o indio. Y es importante recordar que muchos de los primeros pobladores españoles del Nuevo Mundo mostraban las consecuencias de la larga dominación de los árabes y bereberes en la Península.

Por ser tarea muy difícil la investigación racial, se agrupa hoy dentro del término criollo a todos aquellos cuya peculiar modalidad refleja un proceso de síntesis viviente. La gracia desenvuelta del criollo limeño es el índice revelador de su recóndito optimismo. Su hedonismo superficial y transitorio, y muchas veces simulado refleja su íntimo deseo de aturdirse para no sentir la desazón interior provocada por el conflicto de caracteres raciales antagónicos, cuya solución confía al tiempo. Este hombre nuevo que es conjunción de elementos disímiles presiente la peruanidad que habrá de condensar las aspiraciones legítimas de las razas que vienen fundiéndose en el curso de cuatro siglos.

Prescindiendo del contenido étnico se llama hoy criollo a quien con «gracia desenvuelta y no pensada» expresa la posibilidad de una síntesis, en la cual estarían sometidos, sin la menor oposición, dentro de una unidad compleja, todos los elementos que, por su disimilitud, libraron confrontaciones trágicas, que repercuten todavía. Palma, cuyo «sucinto poder de evocación» le ha permitido componer «algo así como la Comedia Peruana, inventario cabal y regocijado de lo que fuimos y seguiremos siendo»; y Segura, cuyas comedias parecen estar impregnadas del sentimiento comprensivo de nuestras imperfecciones, son los precursores de la síntesis que constituirá la raza peruana propiamente dicha.

El criollismo en sentido traslaticio es un lente a través del cual la efervescente realidad del Perú es percibida con traviesa superficialidad y despreocupación del lado serio. El tono malicioso retozón e intencionado es brote espontáneo de un nuevo tipo humano que, poseyendo caracteres mentales propios, posee formas genuinas de expresión y por ende de una lengua castellana con giros y vocablos singulares. Un vislumbre de lo vano que sería enfrentarse al conflicto de atavismos, cuya solución la dará el tiempo, le hace perseguir la sumersión en un presente alegre, que envuelve un desafío a las consecuencias, una burla de organismos caducos y costumbres trasnochadas y hasta una aventurada negación del más allá. Las expresiones criollas tienen en la vida algo de teatral y reflejan el afán de entregarse a un juego de ingenio para desasirse del conflicto íntimo, pues, como dice Bergson: «Para producir todo su efecto, lo cómico exige algo así como una momentánea anestesia del corazón para dirigirse a la inteligencia pura». El criollo se refugia en su ingenio y se empeña en difundir la alegría en rededor. Como dice Abelardo Gamarra: «lo crio-

llo es lo alegre, lo festivo, lo que tiene un no sé qué de picaresco, malicioso e intencionado...»

Menéndez Pelayo elogia «aquel especial matiz de ingenio castizo y de chiste indígena que avalora las producciones festivas de la musa peruana, desde las letrillas y sátiras de Pardo, hasta las comedias de Segura, las tradiciones de Palma y las humorísticas poesías de Paz Soldán: un no sé qué indefinible de gracia desenvuelta y no pensada que a cualquier español hace mirar con cariño y simpatía a aquellos que bajo el antiguo régimen fueron entre todos los criollos, los hijos mimados de España, tan españoles en todo hasta en sus defectos y flaquezas».

Menéndez y Pelayo no menciona el aporte negro, pero realza en nuestras producciones festivas: «un no sé qué indefinible de gracia desenvuelta y no pensada», y no sería aventurado imaginar que para aludir a la raza negra prefirió usar una perifrasis; pues, no se puede expresar lo característico de nuestra peruanidad anulando alguno de sus elementos. Cada uno está dotado de movimiento propio y reclama su participación manifiesta en la síntesis que nos singulariza como agrupación.

La agudeza de ingenio, nota genérica del criollismo limeño, desde sus albores en la Colonia hasta su culminación en la República, se concreta en tipos bien distintos en la literatura del Perú independiente, según la actitud del escritor frente a la realidad circundante. Actitud que refleja con fidelidad el contenido étnico, la clase social y el grado de adaptación al ambiente. Pardo, Segura y Palma son sus más esclarecidos representantes.

Felipe Pardo contempla la realidad republicana sintiéndose parte integrante de una edad pretérita y expresa la agudeza de su ingenio en su protesta íntima contra la realidad circundante, negándose a aceptarla. En Pardo prevalece el aristócrata conservador sobre el criollo limeño. Por ello dice Menéndez y Pelayo: «... ha de confesarse que Pardo más bien que poeta cómico espontáneo y original es un satírico moralista en forma dramática. Su ingenio era ése y sus comedias ganan mucho si se las considera como sátiras dialogadas, así como los a-

menos cuadros de costumbres que publicó en 1840 con el título «Espejo de mi Tierra».

Segura y Palma no contemplan desde fuera el conflicto racial del nuevo Perú. Lo viven y lo sienten dentro de sí mismos, y, vislumbrando nuestra unidad futura, imprimen a sus creaciones literarias ese carácter alegre y retozón, intencionado y malicioso, que les da una originalidad muy suya y muy limeña, que es brote de la «estirpe extraña y viable que somos y seremos». La risa de Segura está saturada de alegría incontenible y sensual regocijo; la de Palma, refleja su ingenio socarrón y su sarcasmo impregnado de indulgencia. La obra de ambos es imperecedera. Es la fuente más pura de la más genuina literatura nacional, por ser, cada uno dentro de su originalidad, los más fieles intérpretes de la peruanidad. De la peruanidad fundada en la refundición de sus elementos constitutivos.

El fin trascendental de la Conquista no habría tenido cumplimiento si la revolución de América española no hubiera sido sustentada por el sentimiento de reacción contra quienes olvidaron que Colón descubrió el Nuevo Mundo cuando se proponía llevar a cabo el Plan de las Indias elaborado en Portugal, que consistía en la Alianza con el Negus y el famoso Gran Khan, rey de la supuesta India cristiana, para combatir al Islam y convertir al cristianismo a los pueblos idólatras. Los navegantes portugueses habían concebido el proyecto de ejecutar el Plan por la vía marítima del Sur. La originalidad de Colón radica en proponer la de Occidente. El sueño acariciado hacía muchos años por la imaginación de los monjes misioneros de Abisinia tendría realización en lo esencial. La fe católica del futuro Almirante explica la decisiva participación de los franciscanos: Fray Juan Pérez interviene para facilitar a Colón su primera entrevista con los Reyes Católicos y para recomendarlo a Talavera el confesor de la Reina, y el Padre Marchena, en el convento de la Rábida, acoge con simpatía la idea del intrépido marino genovés, y, cuando Colón ya había decidido ofrecer sus servicios al rey de Francia, lo convence de que postergeu su viaje a Marsella y sale, en plena noche, para Santa Fé, con el fin de lograr que España vencedora del Islam fuese la ejecutora del Plan de las Indias.

De conformidad con las capitulaciones acordadas, el 3 de agosto de 1492 parte del Puerto de Palos, en tres afortunadas carabelas, la legendaria expedición que, en cumplimiento de un designio misterioso, surcando la inmensidad insospechada del Océano, arriba a las playas de una isla del Caribe. Acaso la intuición del genio no habría sido sino una luminaria precursora, sin la fe católica que lo hizo descubridor del Nuevo Mundo, que el Vicario de Cristo entregó a los Reyes Católicos para mayor gloria de Dios y beneficio de la Religión. El 12 de Octubre de 1492 se rectifica un error geográfico sostenido por la ciencia oficial.

En el Nuevo Mundo los indios aborígenes y los negros del occidente de Africa, convertidos al cristianismo, fueron los aliados de España en la última cruzada contra el Islam. Las minas de Méjico y Perú, durante la segunda mitad del siglo XVI y todo el siglo XVII, hicieron a España la nación de Europa más rica en oro. Sin tregua ni reposo los indios y los negros cooperaron al esplendor de España católica, que libre de moros y moriscos, replegándose sobre sí misma, deslumbró a Europa con una literatura de originalidad sorprendente. Como dice Heine: «La grandeza política de España no era entonces para levantar y engrandecer medianamente el alma de sus escritores. Como en el imperio de Carlos Quinto, en la mente de un poeta español no se ponía el sol tampoco. Habían terminado las fieras luchas contra los moros, y así como después de una tempestad las flores exhalan aroma más intenso, siempre tras una guerra civil es cuando logra la poesía más soberana floración...»

En la Península constituyó necesidad imperiosa la eliminación de los elementos extraños, porque se identificó la lucha racial y religiosa al punto de confundirse la nominación de cristiano y español por una parte; y, musulmán y berebere o árabe por la que se le enfrentaba. Si España hubiera mantenido en su seno a moros y moriscos, reacios a una conversión sincera y absoluta, su cultura esencialmente católica hubiera fracasado. En el Nuevo Mundo, el celo apostólico de los misioneros cristianos, apesar de que los intereses y prejuicios establecieron diferencias que parecían insalvables, logró que se escuchara el mensaje divino de Jesús, que revela que Dios es el Padre de los

hombres. Predicaron el amor fraternal entre cristianos, condenando siniestras diferencias raciales.

Durante el Coloniaje los funcionarios del Virreinato hicieron caso omiso de las bulas pontificias y de las ordenanzas reales que recordaban el objetivo religioso de la Conquista. Como dice Luis Alberto Sánchez en su reciente libro «El Pueblo en la Revolución Americana», en el capítulo «El Hombre y la Tierra»: «La diferencia racista nació de un hecho económico - político y por ende psicológico: también de una supertición. Esta superstición es la del color de la piel, identificada con una supuesta superioridad cultural propia del pigmento. Aquellos hechos fueron: el poderío adquirido por España después de sus guerras triunfantes en Italia, Flandes, Levante, y el desdén que el guerrero victorioso sintió por el indígena, inerme, derrotado» ..... «Desde el punto de vista de la propiedad, había dos razas privadas del derecho a poseer la tierra: indios y negros. Los mestizos y mulatos gozaban teórica mejoría, pero en la práctica sufrían análogo soguzgamienot. A su vez el criollo, si bien era un propietario, no podía ejercitar el poder político, complemento necesario del poder económico, con lo que su propiedad quedaba entregada a las vicisitudes de la administración».

Efectivamente la organización del imperio colonial español entregó a los peninsulares la acción dirigente del País. Sólo indirectamente el criollo español y, asimismo, el mestizo ejercieron su influencia. En la campaña emancipadora se manifiesta potente la acción del medio geográfico, que se refleja en la indómita pujanza de los caudillos patriotas que suplieron la estrategia y la táctica europeas con su extraordinaria capacidad para improvisar lo que era menester. En el mismo grado se dejó sentir la acción de la heterogeneidad racial, pues, para la consecución de la independencia fué aporte valiosísimo el contingente de cholos, mulatos, zambos y cuarterones.

De todo lo dicho se puede concluir que en la cultura de la «estirpe extraña y viable que somos y seremos» predomina el elemento español, pero no por ello el indio deja de ejercer mandato, como raza constituída y por la influencia del medio geográfico que la constituyó sobre las razas trasplantadas, y, porque a pesar de que la Con-

quista la encontró detenida en su proceso histórico, coopera con su hondo contenido emocional y apreciables elementos culturales en la estructuración del nuevo Perú. Asimismo debemos reconocer que la raza negra nos trajo como contribución su vigor vital inexhausto y que evolucionó en nuestro medio con notable progreso somático y mental. Como raza joven poseía extraordinaria capacidad de adaptación que le permitió acortar en breve plazo la distancia que la separaba del ambiente en que se la colocó de súbito. Esta raza ha aportado a la sensibilidad del limeño ritmos extraños al blanco y al cobrizo y una flexibilidad propicia a la asimilación de formas de cultura superior.

Lo que dice Gabriel Hanotaux sobre Francia y Herbert H. Goven sobre el Japón, justifican plenamente el optimismo de José Hipólito Unánue respecto a las cualidades de las razas autóctonas peruanas y a las que pertenecen a los diversos tipos de nuestra heterogeneidad racial, cuya fusión será la determinante de una fisonomía nacional inconfundible.

Gabriel Hanotaux en el capitulo «Les Hommes de France» de su bello libro «La Fleur Des Histoires Francaise» dice»:.. Lo que parece más claro de todo esto es que en el territorio que ha llegado a ser Francia, encontrándose colocado en la extremidad de la peninsula europea, en el punto de unión de este continente y el Africa, invasiones, venidas del norte y del sur, del este y del oeste, se encontraron y chocaron en su territorio. Los invasores primeramente se combatieron y después, poco a poco, se juntaron y fusionaron, ya fuese por la conquista o por acuerdos. Esto es lo que explica que en Francia vivan razas tan diferentes por ejemplo: los rubios del norte y los morenos del sur. En efecto en una muy remota antigüedad, Francia fué el receptáculo, el punto de fusión de todos los pueblos que recorrieron el viejo continente. Recuerda bien esta definición: «Francia es una encrucijada». No comprenderás nada de la historia de Francia, si no la tienes siempre presente en el espíritu».

Y al lado de la extremidad oriental del viejo continente, en el archipiélago que ha llegado a ser el Japón se dieron cita las razas que pueblan Eurasia. Herbert H. Gowen, profesor de Lenguas y Literatura Orientales, en la Universidad de Washington, en su obra «Historia del Japón desde sus Orígenes hasta nuestros Días» dice: «Se ha dicho que para que una nación sea creada deben llenarse dos condiciones: en primer lugar mezcla de diversos elementos; en segundo lugar un periodo de tiempo suficiente para que estos elementos se fusionen hasta formar una raza propiamente dicha. El Japón ha tenido la ventaja de poder satisfacer estas dos condiciones. Si los Japoneses poseen caracteres físicos específicos, también han adquirido rasgos psiquicos fácilmente reconocer»... Admitamos desde un principio que el archipiélago japonés haya estado habitado durante miles de años por una raza mixta. El profesor Hany confiesa que nunca ha encontrado en ninguna parte una variedad racial tan grande como en el Japón: No hay raza, por decirlo así, —afirma—que no haya contribuido a la formación de la nación japonesa: ha recibido aportes caucásicos, mongoles, malayos y, en el sur, un leve aporte negro venido de las islas del Pacífico».

Lima, fundada en un sitio donde jamás hubo población alguna, surge, con fisonomía inconfundible, sobre una vasta faja de tierra sin repliegues, a orillas del océano ignorado por la ciencia oficial del siglo XV, para ser regazo de los recién llegados y crisol del criollismo. La ciudad fundada el mismo día en que la Iglesia celebra la Cátedra de San Pedro acoge a los oriundos de todas las regiones de España y a los moradores de las muy diversas altitudes del Tahuantinsuyo; y a los africanos trasplantados para compartir con los naturales del Nuevo Mundo en el esfuerzo que los aventureros españoles les impusieron para saciar su codicia. Y el conquistador mezcla su sangre con la de las razas subyugadas, no obstante la organización colonial que establecía infranqueables lineas divisorias entre blancos, negros y cobirzos.

Fray Antonio de la Calancha, «nuestro más típico cronista conventual», dice respecto de la influencia de la tierra en el ánimo de los moradores: «Lo hermoso de la ciudad está en los que la habitan, por la gala, aseo y sedas que los adorna. No pasan de seis mil los vecinos españoles, pero hay más de veinte mil mujeres de todos los estados y edades, donde sobra el aseo y excede la gallardía. Hay millares de negros, mulatos, mestizos, indios y otras mezclas que llenan las calles, y

es de gran gentío y plebe... La gala y el lustre es grande en las damas y ricos, y costoso el adorno o aseado aun en los oficiales y plebeyos. Todo representa Corte y arguye en unos ostentación, y en otros vanidad. Los que no andan en carrozas (de que hay gran número) andan a la jineta con criados y pajes, y los de menor cuantía hasta oficiales gastan capa negra y sedas, andan a caballo y traen pajes; grandeza es pero locura, pues quien viese cien hombres en la alameda, que es una recreación vistosa, donde hay siete calles de árboles siempre verdes, con fuentes arroyos y peines de agua, no diferenciará al caballero o mayorazgo del oficial mecánico o plebeyo; no es esto político, pero es ostentoso y arguye que la tierra influye señorío, aniquilando condiciones cuitadas y agrandando corazones humiles».

En la visión retrospectiva del crisol del criollismo son de significación imponderable los rasgos esenciales sobre nuestra ciudad, consignados en el primer tomo de la Biblioteca de Cutltura Peruana por Ventura García Calderón que, con hondura y sutileza, nos habla de su situación geográfica, de su riqueza, de su cultura, de su ingenio y del encanto irresistible de las limeñas: «Lima fundada a orillas del mar, imprudentemente lejos de la sierra formidable, se ha convertido en una meta del espíritu... La riqueza prodigiosa fomenta ahí las dulzuras del más regalado vivir que fué a menudo preámbulo de arte... Lima es ya, andando el siglo XVIII, la conjunción de Madrid y Versalles, el lugar del planeta donde mejor se despilfarra la plata y el adjetivo en un ambiente de suma galantería... A fines del siglo XVIII la cultura y la elegancia de Lima corren parejas... El Lazarillo de Ciegos Caminantes corrobora a que extremos de lujo perricholescos llegaba entonces la ciudad manirrota. Ciertas rudezas de la alegría peninsular que Goya trasmite no son posibles en esa Lima burlona y refinada, donde el Virrey y su favorita reproducen la frivolidad de un pasado francés. Una santa de ayer y una pecadora de hoy, Rosa de Lima y la Perricholi concentran las miradas del mundo. Los viajeros comienzan a perder el seso por las limeñas y de su entusiasmo y de su despecho queda una larga retahila de jaculatorias y sátiras».

Y en esa Lima «burlona y refinada», durante tres centurias, ejerce su imperio la tapada, y le da color y tono inconfundibles. Ricardo Palma, con su risa que restaura porque es emanación de cordura y simpatía, la evoca con sus atributos singulares de rebeldía indeclinable y muy travieso ingenio, en «La Conspiración de la Saya y Manto», tradición que reanima momentos significativos de la vida limeña del siglo XVI. Y en páginas que reflejan su ingenio sutil y su inquietud hondísima, Flora Tristán exalta el encantamiento de la saya y manto en su autunal fulgor del siglo XIX. Para evocar lo original y pintoresco de nuestra ciudad en los primeros años de la República es oportuna la transcripción de los fragmentos culminantes de las páginas de la peruana que, con la vehemencia diligente de su alma aventurera, peregrinó en su «Patria desconocida»: «Ningún lugar en la tierra donde las mujeres sean más libres ni ejerzan mayor influencia que en Lima. Reinan allí solas y todo su influjo proviene de ellas...Su traje es único y sólo en Lima se ha visto. En vano se ha buscado su origen hasta en las más antiguas crónicas. En nada se parece a los distintos trajes españoles; y desde luego se puede asegurar que no fué importado de España. Ha sido invención exclusiva del país mismo... La saya como se ha dicho, es el traje nacional. Todas las mujeres la visten sea cual fuere su rango, y forma parte de las costumbres del país, como en Oriente el velo de la musulmana... El que se atreviera a levantar el manto que la oculta enteramente el rostro a excepción de un ojo sería perseguido por la indignación pública y severamente castigado... Este vestido cambia de tal manera a la persona, que hasta las inflexiones de la voz quedan alteradas (ya que la boca va cubierta) y a menos de que la persona tenga algo muy notorio: que sea muy alta, muy baja, coja o jorobada, es imposible reconocerla. Me parece que no se necesita mucho esfuerzo de imaginación para comprender todas las consecuencias que resultan de este estado de disfraz continuo, que el tiempo y el uso han consagrado y que las leyes sancionan o toleran por lo menos... ¡Qué gracia y seducción la de estas hermosas limeñas con su saya negra que brilla al sol, dibujando sus formas naturales en unas y postizos en otras, pero tan bien imitadas que al verlas es imposible imaginar la supercheria! ¡Qué graciosos sus movimien-

tos de hombros cuando tiran del manto para ocultar enteramente la cara que a ratos dejan ver a hurtadillas!... vestida con un lindo modelo de Paris no es la misma mujer; en vano se busca con el traje parisiense a la mujer seductora que se ha encontrado por la mañana en la iglesia... el vestido de las limeñas favorece y secunda a su inteligencia para hacerlas adquirir la gran libertad e influencia dominadora de que disfrutan... Asi pues estas señoras van solas a los espectáculos, a las corridas de toros, a las asambleas públicas, al baile, a los paseos, iglesias, de visita y están siempre bien vistas en todas partes. Si encuentran alguna persona con la que desean hablar, la hablan, la dejan y quedan libres e independientes en medio de la muchedumbre, mucho más que los hombres con la cara descubierta... cuando una limeña quiere hacer más impenetrable su disfraz, se pone una vieja saya desplegada, desgarrada, casi haraposa, un manto tan viejo como el corpiño: para que se reconozca que pertenece a la buena sociedad se calza muy bien y toma uno de sus más bonitos pañuelos de bolsillo. A esto llaman disfrazarse y tal uso es corriente. A la mujer así disfrazada se la considera y respeta. Nadie le dirige la palabra, nadie se acerca a ella sino tímidamente; seria descortés y aún desleal seguirla. Se supone con razón que si va disfrazada es porque tiene motivos importantes para hacerlo y por consiguiente nadie debe arrogarse el derecho de seguir sus pasos. Por lo que acabo de escribir sobre el traje y las costumbres de las limeñas, fácilmente se comprenderá que sus ideas deben ser muy diferentes de las de las europeas, las cuales son, desde la infancia, esclavas de las leyes, de las costumbres, de los prejuicios, de la moda, en fin de todo, mientras que con la saya la limeña es libre, goza de su independencia y descansa confiada en esa fuerza verdadera que todo ser siente en sí, cuando pude moverse y obrar según las necesidades de su organización...»

Durante el imperio tres veces secular de la tapada, el criollismo de pura cepa limeña se acendra sustentado por una cultura que se desenvuelve bajo los auspicios de la Fé y se difunde merced a la influencia telúrica que «influye señorio, aniquilando condiciones cuitadas y agrandando corazones humildes».

El contenido esencial del criollismo limeño no está en la vida misma sino en la manera de interpretarla. Es una postura que imprime al lenguaje y a la acción «la ambigüedad de lo cómico, que no pertenece por entero ni al arte nia la vida». Las expresiones del criollismo limeño tienen algo de teatral y reflejan el afán de entregarse a juegos del ingenio para desasirse del conflicto íntimo. La francachela de tono criollo da la impresión de una comedia y desconcierta a quien la observa manteniendo su gravedad por carecer de aptitud para el contagio: «El criollismo necesita estar en el alma y en la conciencia». Nuestros poetas han logrado la acabada expresión del criollismo de pura cepa limeña, por el predominio de su ingenio sobre sus sentimientos, pues, como dice en «La Risa» Henri Bergson «para que el poeta pueda revelarse como un hombre de ingenio: No necesitará nada para ello, más bien será menester que se desprenda de algo. Será suficiente que discurran sus ideas «sin ningún motivo por mero placer». Le bastará desatar el doble lazo entre sus sentimientos y sus ideas, entre su espíritu y la vida. Llegará a ser hombre de ingenio si se limita a ser poeta por la inteligencia sin aspirar a serlo por el corazón».

El hedonismo que es una de las notas del criollismo de pura cepa limeña, y republicano no es trascenente, no significa oposición radical a un elevado ideal de vida. Es simulado superficial o transitorio: es reflejo de un íntimo deseo de aturdirse, para no sentir la desazón interior provocada por el conflicto de caracteres raciales antagónicos, cuya solución confía al tiempo, y, como tal implica una honda filosofía no concebida por el intelecto sino desentrañada por la intuición.

LOS INTERPRETES DEL CRIOLLISMO DE PURA CEPA LIMEÑA Y SUS VOCES GENUINAS

El análisis de nuestra más «autóctona literatura» me ha hecho ver el rigor que tienen los juicios admonitorios y sentenciosos de Gamarra. Hoy tengo la certidumbre íntima de que sólo con temperamento criollo, esto es, cuando el criollismo está en el alma y en la conciencia, se puede crear poesía criolla, cuya expresión acabada exige el uso de los modismos locales, por ser las voces significativas de la íntima esencia del criollismo, pués, algunos matices entrañablemente suyos se eclipsan o se extinguen cuando se intenta aprisionarlos dentro del vocablo o giro castizos de la lengua castellana, y, como esos matices, por ser entrañables, son irreprimibles, en el criollo de pura cepa limeña, éste huye del eclipse o extinción de lo propio, deformando un vocablo castellano o dándole una nueva acepción cuando no se aventura a crear voces de expresión genuina.

Y para expresar con más fidelidad lo más naturalizado de lo español en el Perú opta por las voces arcaicas o populares de la península que, por la mayor antigüedad de su importación son más expresivas que las palabras castizas de uso actual cuyos portadores, el Diccionario de la Academia y libros escogidos, sólo conoce una selecta minoría de peruanos. En cambio fué vehículo de aquellas el conquistador que, aún cuando triunfó sobre sus pobladores, se sintió hondamente conmovido al hollar el suelo del Perú.

La raza tricolor de la nación peruana es un proceso de síntesis viviente que implica una transformación mental, cuyos matices singulares exigen su participación efectiva en la evolución de la lengua. Por esto lo criollo auténtico, lo criollo acendrado y entrañablemente limeñoño, lo criollo tomado en el sentido estricto de la palabra, como dice Gamarra, no se puede ni se podrá expresar con prescindencia del

modismo local que es la voz genuina del «Perú mestizo y orgulloso de serlo».

Vano intento sería empeñarse en la abolición de los peruanismos en defensa de la casticidad de la lengua castellana, porque su transformación es inevitable. Hace más de media centuria decía Juán de Arona:

«Si nos figuramos en nuestra mente el aspecto del idioma castellano en la América Española, nos parecerá ver el vasto lecho de un océano exhausto. Allí hay de todos los naufragios; riquezas completas; series de despojos hermosos y por acaso bien ordenados; montones de restos informes heterogéneos, revueltos; lo arcaico dándose de coces con lo flamante; resultado todo de los dos grandes naufragios; el de la civilización indígena que desapareció hace tres siglos con la conquista, y el de la española que se perdió al comenzar el presente con la emancipación.»

Con lo imperecedero de nuestros pretéritos valores, con los restos viables de las culturas desintegradas ya está verificándose la síntesis racial y cultural del nuevo Perú.

Del magnífico legado español: lengua, raza y religión, sólo ésta permanecerá inmutable por ser intemporal. La lengua ha evolucionado de conformidad con la influencia telúrica y el cruzamiento racial. El retardo de su evolución regulada tiene por causa la carencia de un diccionario que fije la acepción de nuestras voces genuinas y de los tropos nacionales formados con vocablos castellanos.

Segura y Palma, por ser los fidelísimos intérpretes del criollismo de pura cepa limeña, y republicano, expresan en su estilo original la alegría expansiva, el sensual regocijo y la burla sin hiel, que es como un vislumbre de la solución que dará el tiempo a los antagonismos raciales. Segura y Palma son símbolos de la más legítima aspiración del nuevo Perú: la íntima fusión de sus elementos raciales. La actitud comprensiva del criollo ante su conflicto racial es nota característica de Segura que «zumbón, comprensivo y benévolo, lleva a sus letrillas, artículos costumbristas y principalmente a sus comedias chispeantes, la frescura del ambiente popular y el reflejo animado y vario de

la existencia de las clases modestas» (1) y Palma que «Restaura el ayer olvidado con su gracia aleve, rehace una síntesis nacional de este Perú confuso donde tres reyes magos se dieron cita como en Belén para fundar, bajo una estrella alucinante, la estirpe extraña y viable que somos y seremos» (2).

Estos dos insuperables intérpretes del criollismo de pura cepa limeña, y republicano se destacan dentro de la literatura castellana por su lenguaje original y muy limeño. Luis Alberto Sánchez al hacer la crítica de las «Tres Viudas» dice: «No es tanto, por cierto, la originalidad del asunto lo que sorprende. Es la forma, la cantidad de modismos tan bien usados, la facilidad del verso y la vivacidad del diálogo, propios de quien vivía acostumbrado a mover ágilmente los personajes en la escena...» «Las «Tres Viudas» superan con ventaja a muchas de las obras conocidas de Segura. Hay muchas escenas en que la risa acude incontenible a los labios y se evoca al punto la época aquella de nuestros primeros años republicanos». «Gran parte de los dichos de entonces se repiten ahora. No han pasado de moda aún, ni el disfuerzo, ni el catay, ni el bicho, ni los desplantes, ni el cacho, ni el reguilete, ni tanto otro gráfico modismo que sazona incomparablemente nuestra charla de limeños».

También Angélica Palma destaca, como nota reveladora del hondo criollismo de Segura, «su lenguaje salpimentado de limeñismos vocablos».

Del Sublime Archivero, en su Tesis «Carácter de la Literatura del Perú Independiente», Riva Agüero elogia «su legítima originalidad, su castizo, criollo, juguetón y peculiarísimo lenguaje. En él ha entrado por iguales partes la tendencia arcaica y los provincialismos, todos los limeñismos y todas las palabras familiares y plebeyas ennoblecidas por la noble compañía con modismos y refranes de pura cepa española...» «estilo artificioso y acariciador, con gracia de orfebrería antigua, en cuyo amable criollismo relucen incrustaciones de Cervantes y Quevedo».

---

(1) Angélica Palma.— Conferencia que prologa la selección de acuarelas de Pancho Fierro.

(2) Ventura García Calderón.— Tradiciones escogidas.— Nota Preliminar.

El estilo sui-géneris del inventor de la tradición que analiza, con acierto, Riva Agüero lo destaca en la literatura castellana como intérprete insuperado del proceso de síntesis viviente de las razas y culturas volcadas en el crisol de nuestra ciudad fundada el mismo día «que la Iglesia celebra la Cátedra de San Pedro», bajo la estrella de tres reyes mágos, para cumplir el ideal cristiano que hermana a los hombres, sin distinciones de razas y de color.

El insigne tradicionista que cultivó su talento literario estudiando y admirando a los grandes genios de la literatura española francesa y europea en general, culmina en su creación como auténtico criollo. Su criollismo no lo expresó tan espontáneamente como Segura. Lo explotó como un orfebre cuando le fué revelado al volver su mirada sobre su intimidad y sobre su tierra. En la primavera de su vida estuvo en ignorancia de lo substancialmente suyo por la fascinación sufrida ante el fulgor de Hugo y Zorrilla. Tornó sobre lo suyo cuando contempló su genio sarcástico en el espejo mágico de Heine y revivió «al godo que llevamos adentro» en la lectura de los grandes prosistas castellanos. Palma interpreta con fidelidad el criollismo de pura cepa limeña, y republicano, porque en su mente creadora se resuelve en travesura el conflicto de caracteres raciales antagónicos, y, porque ríe socarronamente de la época abolida que restaura en sus tradiciones. Como dice Riva Agüero «liberal e hijo de la República, supo contemplar con cariño los usos nacionales que desaparecían, los recuerdos coloniales que se alejaban, y llegó a tiempo para salvarlos».

Siendo generador del criollismo literario del nuevo Perú un contenido esencial peculiarísimo, requiere del artista ingenio superior y originalidad creadora. Segura y Palma son los creadores del criollismo literario de pura cepa limeña y republicano. Ambos poseen la aptitud para «desatar el doble lazo entre sus sentimientos y sus ideas, entre su espíritu y la vida». Uno y otro «se limita a ser poeta por la inteligencia sin aspirar a serlo por el corazón», pero deja fluir por los intersticios de las creaciones de su ingenio un presentimiento recóndito del consorcio futuro de los elementos determinantes de la efervescen-

cia del Perú mozo. Presentimiento que en Segura irrumpe con ruidosa alegría y en Palma asoma cautelosamente.

El «creador de un teatro nacional» y el inventor de la «tradición» pertenecen a la clase modesta de nuestra ciudad, en la cual el criollismo está en «el alma y en la conciencia». De Segura dice García Calderón que era de condición modesta «militar primero y después empleado público, sin más escuela que su talento espontáneo y su travesura». Y respecto de sí mismo, el patriarca de nuestras letras dice: «Mi biografía está en mis libros y en los prólogos y juicios críticos de ellos. Bástales a ustedes saber que no soy más que un hijo del pueblo, que a fuerza de estudio y perseverancia en la labor se ha creado un nombre. Mis pergaminos nobiliarios son mis libros».

Felipe Pardo se limita a interpretar el criollismo de alta clase social de Lima, cuyo lenguaje peculiar reproduce al ponerla en escena. Su criollismo restringido y epidérmico es consecuente con su abolengo y formación individual españoles.

Cierro este capítulo con lo que dice don Ricardo en «La Bohemia de mi Tiempo»:

«Creemos los vocablos que necesitamos crear, sin pedir a nadie permiso y sin escrúpulos de impropiedad en el término. Como tenemos pabellón propio y moneda propia, seamos también propietarios de nuestro criollo lenguaje».

MANUEL ASCENSIO SEGURA CREADOR DE UN TEATRO NACIONAL

Manuel Ascensio Segura es considerado por la crítica como auténtico representante del criollismo.

Don Ricardo Palma en el «Preámbulo Biográfico y Noticiero del libro «Artículos, Poesías y Comedias» de Manuel Ascensio Segura, editado en 1885, escribe:

«Fué en 1839 cuando Segura se animó a escribir su primera comedia «El Sargento Canuto». Literariamente juzgada es pobrísima cosa. Los tipos son exagerados, la versificación descuidada, el argumento insustancial. Hay en «El Sargento Canuto» mucho de los sainetes de Don Ramón de la Cruz. Idéntico es nuestro juicio sobre «La Moza Mala» y «La Saya y Manto». Sin embargo la sal criolla de Segura se encuentra profusamente esparcida en el diálogo, bastante natural y animado, de estas tres comedias a las que no damos otra importancia que la de humildes ensayos».

«Los incuestionables triunfos escénicos de nuestro compatriota son: «El Resignado», «Na Catita», «Un Juguete» y «Lances de Amancaes». Versificación bretoniana, tipos copiados del natural, diálogos admirable, sátira delicada, gracejo infinito, y un sello acendrado de nacionalismo, tales son las cualidades que más brillan en estas magníficas comedias».

«El argumento en las comedias de Segura es siempre sencillo, rayando a veces en trivial, como en «El Cacharpari» y alguna otra, alimentándose el interés por lo bien sostenido de los caracteres, por la fluidez del diálogo, por el colorido local, limeño puro, y particularmente por el inagotable raudal de chistes que esparce en sus facilísimos versos.

Alguna vez se le ha hecho al poeta la acusación de que emplea palabras poco cultas; pero los que esto critican olvidan que, cuando se pinta al pueblo debe pintársele tal cual es. Si existe algo en las comedias de nuestro compatriota que ofenda a quisquillosos lectores, culpa será del original no del retrato».

En el mismo Preámbulo Biográfico y Noticiero Don Ricardo augura: «... lo que inmortalizará el nombre de nuestro amigo es su afortunadísima y regocijada vena de poeta cómico».

La consagración de Segura, contenida en el juicio del Patriarca de nuestras letras, transcrito en los renglones anteriores destruye la siguiente aserción de Juan de Arona: «Los que definitivamente sienten el amor de la localidad incurren en otro defecto: les faltan escuela y predecesores y abortan como Segura y Pancho Fierro». Tan arbitraria condenación también está desautorizada por Menéndez y Pelayo que afirma: «Ña Catita genuina comedia de carácter ... por ciertos rasgos locales se salva del amaneramiento inherente a la repetición del tipo tan conocido en las tablas».

Segura se ha inmortalizado por su «afortunadísima y regocijada vena de poeta cómico» que es el fruto de esa aptitud, tan característica del criollo de pura cepa limeña, para «desatar el doble lazo entre sus sentimientos y sus ideas, entre su espíritu y la vida», que se funde con su extraordinario poder para trasladar al tablado las escenas de la vida criolla con todo su color y movimiento. Las comedias de Segura reflejan con fidelidad filial nuestra Lima de los primeros años republicanos y son para nosotros bellas evocaciones de esa época tan pintoresca. Si fustiga con sus epigramas modalidades y tipos locales lo hace sintiéndose parte integrante de lo que es objeto de sus burlas, pues, siendo un poeta festivo no pone en su benévola sátira acrimonia, ni extrañeza, ni desdén. Su vena satírica es de un criollismo acendrado por su íntima compenetración con el ambiente.

Angélica Palma en su conferencia que prologa la selección de acuarelas de Pancho Fierro dice: «Desde los títulos, algunos de los cuales requerirán explicación para los lectores extranjeros, revelan las comedias de Segura su arraigado criollismo: La saya y manto. La moza-mala, El Cacharpari, Lances de Amancaes; con sólo sus nombres, evocan el célebre vestido femenino tan propicio en su pintoresco misterio a decires coqueteos y enredos galantes, los bailes típicos y las fiestas bulliciosas». «Como un Pancho Fierro que en lugar de colores a la aguada usara tinta y pluma, Segura nos relata los lances y el bullicio de las corridas de toros en la descripción que de ellos hace, animado por el recuerdo de la fiesta reciente y por el aguardiente bebido en la Plaza, un viejo y empedernido taurófilo; concreta el encanto, hoy legendario, de la saya y manto, en la airada protesta de una muchacha a quien se le prohibe usar el traje tentador:

'Habrase visto tal muela,
un capricho de la laya'
Pues yo me he de poner saya
sobre el muerto y quien lo vela'

«Y llega a proclamar el nacionalismo, aun en amor, cuando dice por boca de uno de sus personajes:

No me peta a mi querida,
quien diga a su hembra madama,
sino zambita, mi ama,
mi negra, mi alma, mi vida.

«Ecos de la Lima del ochocientos, de sentimientos y costumbres ya lejanos, que sólo existen para la ciudad actual en libros viejos y láminas pretéritas'».

Lima, cuna del criollismo acendrado va perdiendo su fisonomía original, la cual podría ser restaurada en el teatro dando respuesta positiva a la interrogación de Juan de Arona: «Quién nos dará a nosotros un Segura monumental, ilustrado con las aguadas vírgenes de Pancho Fierro, que es un Segura en imágenes, así como éste es un Pancho Fierro en acción?». Lograríamos así una más fiel actualización del teatro de Segura, animado por un criollismo expansivo y contagioso. 'Quién sabe' si entonces los «sentimientos y costumbres ya lejanos» saliendo de los «libros viejos y láminas pretéritas», reviviendo

en la escena, podrían difundirse en la vida actual de la ciudad. Porque las comedias de Segura parecen estar impregnadas del sentimiento comprensivo de nuestras imperfecciones y del poder de observación ara exhibirlas con gran fidelidad. Están asimismo animadas del afán de difundir la alegría en la reunión, como sucede actualmente y casi a diario en la tertulia improvisada, en cantinas y jaranas. Alegría que llega hasta la aventurada negación del más allá, que se condensa en la forma «después de ésta no hay otra».

Fiel reflejo del hedonismo malicioso retozón e intencionado que persigue la sumersión en un presente alegre tenemos en la Escena Primera de

LANCES DE AMANCAES

Todos menos Tomás y Luisa ¡Que viva! (Palmoteando)

Timoteo Otra copa

Justo y Lino ¡Bravo! (Idem)

Tomás ¿Toma usted conmigo, o no?

Luisa Rejalgar tomara yo.

Lino Un clavo saca otro clavo.

Nieves O ambos se quedan adentro

Lino Mejor si así lo traduces,
que estando uno entre dos luces
se encuentra como en su centro.

Tomás ¿Listos?

Los Hombres ¡Ya!

Timoteo ¡Pues al avío!

Justo Cuidado con quien lo bota. (Beban)

Lino ¡Así! ¡que no quede gota!
(Volteando la copa)

Timoteo ¡Hasta verte, Cristo mío! (Bebiendo)

Clemencia ¿Cómo es eso, y tú no tomas?

Luisa Estoy enferma.

Clemencia De mañas.

Luisa De veras.

Clemencia Tú no me engañas.

Nieves Así no se asiste a bromas.

Clemencia De ley es aquí beber.

Emilia ¡Y bailar

Nieves Y ser corriente.

Clemencia Por supuesto.

Luisa (¡Entre qué gente
me he venido yo a meter!)

Emilia Pues bien, esto se remedia
con que ninguno lo pruebe.

Clemencia Amén, padre.

Emilia Nadie bebe.

Clemencia Para ver... a la comedia.

Emilia El octavo no estorbar.

Luisa Si estorbo, me iré.

Emilia Buen viaje.

Justo Nadie se va: no hay carruaje.

Nieves Pero ¿qué cuesta agradar?

Luisa Si estoy enferma, ¿no digo?

Las mujeres Todas lo estamos.

Timoteo ¡Chitón!
No hay que aguar la diversión,
usted va a tomar conmigo.

Luisa Dispénseme...

Emilia (¡Habrá señora!)

Timoteo Vaya, aunque sea una uvita
esto, mi alma, desirrita,
chupa, aprieta y corrobora.

Lino Y refresca.

Justo Y da expansión.

.....

Segura es el auténtico poeta criollo de pura cepa limeña y republicano porque lleva el criollismo «en el alma y en la conciencia». Es el fiel intérprete del «nuevo Perú mestizo y orgulloso de serlo» que resuelve su intima desazón en travesura de la mente sensual regocijo, porque confía en alcanzar la solución del conflicto racial que el transcurso del tiempo habrá de darla. Segura, intérprete fiel del hedonismo que implica una honda filosofía, no concebida por el intelecto sino desentrañada por la intuición, no desdeña las manifestaciones populares.

En cuanto a la ausencia de gran estilo en las comedias de Segura, escribe Luis Alberto Sánchez: «Que no es estilista lo dice la más ligera lectura de su obra... «Escribía así con la naturalidad de un movimiento respiratorio. Y este giro que ahora le robo al maestro Gonzáles Prada bien puede servir de divisa a la obra entera de Segura. El estilo requiere cultura alquitarada y ánimo serenísimo. Y este criollo auténtico no podía preocuparse de limar un giro o encuadrar un adjetivo».

Parece que Segura quisiera explicar el descuido de su estilo en la Introducción de «La Peli-Muertada»:

«Que éste sea o no poema
a mi me importa tres rábanos,
ni que me piquen los tábanos
hasta hacerme una apostema.
Que lo lean es mi tema,
sin engañifa ni trampa,
el que maneja una lampa,
el que varea tocuyo,
el que vive allá por Suyo
y el que duerme acá en la pampa».

Mas si el filón del auténtico criollismo literario ha sido explotado con irreprimible espontaneidad debemos tener presente lo que respecto a los artículos costumbristas, dice de Segura don Ricardo Palma, en el preámbulo citado: »En estos artículos chispeantes de gracia y ligereza, campea un espíritu observador y filosófico; y, en cuanto a corrección y galanura de forma no desdicen de los inmortalizados por la castiza pluma de Fígaro».

Insisto en que el criollismo de pura cepa limeña, y republicano exige para su expresión fiel el uso de términos propios, los cuales dan carácter autóctono a nuestra literatura. Para actualizar el teatro de Segura debemos acometer la empresa de precisar la acepción de todos sus «limeñísimos vocablos», los cuales constituirían instrumentos de penetración en el pasado. Debemos asimismo recoger y precisar la acepción de los actuales modismos populares, ya que la omisión de esta tarea no ha de condenarlos al desuso, pero sí habrá de dificultar el sentimiento de homogénea comprensión, sin el cual no podrá lograrse el robustecimiento de lo nuestro, que requiere formas de expresión útiles para la íntima, fiel e íntegra comunicación de nuestras más originales impresiones.

RICARDO PALMA, INVENTOR DE LA TRADICION

Dije del criollismo acendrado que, si bien es temperamental en el limeño de pura cepa, no abarca toda su personalidad, pues es algo que se destaca del fondo complejo y se posesiona del intelecto donde se desenvuelve con travesura. Esta característica la posee en alto grado «el más famoso de nuestros escritores» Don Ricardo Palma que, como limeño de pura cepa, lleva el criollismo en su alma y en su conciencia.

Ricardo Palma que, por la originalidad y riqueza de su ingenio, alcanza puesto de honor dentro de la dilatada órbita de las letras castellanas, tiene también significación esencial dentro del círculo restringido del más acendrado criollismo limeño, porque en «su invento literario la tradición, mezcla un tanto abigarrada de verdad y fantasía, de realidad histórica y ficción novelesca» (lo encerrado entre comillas de Ventura García Calderón.— Tradiciones Escogidas.— Nota preliminar), fulgen como destiladas por su sarcasmo ingénito y buidas por la índole picaresca de su gracia y malicia las notas características del criollismo de pura cepa limeña, y republicano.

Palma con su realismo socarrón acomete en sus tradiciones la resurrección de la época colonial, cuya existencia cronológicamente no estaba muy distante, y, sin embargo ya se le sentía muy remota por la radical transformación del Perú, operada, como por ensalmo, en la Independencia.

Cervantes y Quevedo no engendraron en el inventor de la tradición las excelencias del carácter literario castellano que se revelan

en su estilo «entretenido y sabroso, serio y conmovedor, jocoso y picaresco», pero sí las acendraron y les dieron singular fuerza expresiva.

La ironía que parece ser generadora de su original invento y que se infiltra remitente en su estilo tan artísticamente forjado, siendo ingénita en Palma, se le hizo más pungente bajo la influencia arrobadora de la poesía de Heine, de quién tomó también su escepticismo. Permaneció, en cambio, inmune para el lirismo purísimo y la honda melancolía del genial poeta alemán.

Las tradiciones, breves y concisas en el trazo de un personaje grave; acertadísimas en la elección de notas accidentales, animadoras de un tipo pintoresco; sucintas en el relato de acciones y peripecias, tienen extraordinaria fuerza evocadora, residiendo lo criollo en la familiaridad del tono, en la proscripción de reverencias y de intolerancias. Su intelecto poderoso le permite desnudar la vida de sus doradas apariencias y descubrir el contraste que siempre se establece entre las desmedidas aspiraciones del hombre y su ínfimo poder para lograrlas, entre la idea que tiene de sí mismo y lo que es en realidad. Pero su criollismo que todo lo aligera y ameniza, infunde a su sarcasmo una diafanidad indecifrable que humaniza su olímpica serenidad. Palma compenetrado con la especie humana la absuelve de sus culpas y relieva cuanto dice con su estilo sui-géneris, en el que las voces genuinas del criollismo de pura cepa limeña, como notas musicales expresan matices singulares.

Su intuición de lo pasado le permite restaurar la vida que encierran los infolios archivados de nuestra historia colonial. Y dando al documento histórico la significación de un símbolo el «Sublime Archivero» anima la época extinta expresando con creaciones de su fantasía la impresión que vive ante las huellas de una edad abolida, cuya fisonomía pintoresca era materia propicia al desenvolvimiento de su ingenio criollo. Palma, desafiando la crítica, intencionalmente mezcla la novela y la historia, porque sabe que con su invento ha de lograr la evocación «de lo que fué vivo y ahora es pretérito». Así lo dice el mismo en

SINFONIA A TODA ORQUESTA

De cuanto y cuanto apolillado infolio
pude hacer monopolio
(afición y tarea de verdugo)
he sacado ya jugo.
Virreyes, frailes, damas, caballeros,
y ricos y pecheros,
mostraron, como en un calidoscopio,
traje y semblante propio.
Y ellos y yo charlamos sin lisonjas
ni escrúpulos de monjas,
y quedó toda su alma y su existencia,
para mí en trasparencia.
¿Los vivientes de ayer fueron mejores
que los de hoy?—No, señores.
El hombre es siempre el mismo: cambia el traje,
pero nunca el pelaje.
Largo escribir pudiera del presente;
mas no es cuerdo que intente
en litigios meterme extemporáneo
con nuestros coetáneos.
Hay gente susceptible; y bien presume
que no ha de ser perfume
lo que podré quemar, de sus pretéritos
al relatar los méritos.
. . . . . .

Riva Agüero, en su tesis varias veces citada, dice: «Estudió y acopió todas las leyendas y memorias de la sociedad que moría amenazadas de sumirse en la pesadez de la erudición arqueológica; y, con la gracia de su estilo, las popularizó». «Es zumbón y satírico, algo escéptico, amablemente irónico. Al hablar de la Iglesia, de los Jesuitas, de la nobleza se sonríe y hace sonreir al lector, pero con sonrisa tan fina que no hiere. Siempre tiene pronta una alusión o malicia epigramática. No seré yo quien le reproche su volterianismo no punzante sino benévolo y cariñoso que es uno de sus mayores atractivos. La Colonia no es para tomarla a lo serio, ya lo dije, y al paso que la amamos nos reímos de ella. Sin embargo, a veces, la burla de Palma por más que sea blanda y suave llega a destruir la simpatía histórica. Vemos que se encuentra muy desligado de añejas preocupaciones y que, a fuerza de estar libre de esas ridiculeces, no las comprende; y una ligera nube de indiferencia y despego se interpone entre el asunto y el escritor».

Aquella «nube de indiferencia y despego» que «se interpone entre el asunto y el escritor», advertida por Riva Agüero, proviene de que Palma, como intérprete del criollismo de pura cepa limeña, y republicano, ha hecho prevalecer su ingenio sobre su sentimiento, porque explorando la Colonia, con su lente a través del cual la vida es percibida con traviesa superficialidad y despreocupación del lado serio, en muchas de sus tradiciones, «restaura el ayer olvidado con su gracia aleve», después de «desatar el doble lazo entre sus sentimientos y sus ideas entre su espíritu y la vida». Esgrimiendo su ingenio «se limita a ser poeta por la inteligencia sin aspirar a serlo por el corazón».

«El más famoso de nuestros escritores», admirado entre nosotros al unísono, no tiene discípulos auténticos. Literatos de indiscutible mérito en vano han pretendido seguir las huellas del «sublime archivero». Poseyendo el don de narrar, en estilo ameno y terso han escrito interesantes tradiciones, más siempre diferentes al modelo. Discípulos presuntos no han podido compenetrarse íntimamente con el contenido esencial del estilo sui-géneris de Palma, expresión acabada de su original invento literario. Tradicionalistas no han advertido que, en esencia, las creaciones que mejor revelan el genio del maestro son la restauración del ayer colonial en la mente traviesa de un criollo de pura cepa limeña, y republicano.

En cambio con satisfacción muy honda he advertido en palabras de filial admiración a Don Ricardo de algunos de sus lectores comprensivos la fiel interpretación de la malicia y socarronería sugestivas que satura las tradiciones, cuya gracia original y criollísima con-

sagra su gloria literaria. Y he escuchado de labios de narradores espontáneos los vocablos, los giros, los refranes, todos los recursos del lenguaje que exornan el estilo peculiar del inventor de la tradición, cuyo éxito queda atestiguado por «la larga serie de tradicionistas hispano-americanos».

Don Ricardo Palma no ha perdido actualidad. Por ello abrigo el convencimiento de que difundiendo la lectura de sus mejores tradiciones se vigorizaría la corriente actual de interés por lo nuestro en arte y en literatura. Una reedición del tomo «Tradiciones Escogidas» de la «Biblioteca de Cultura Peruana», con generosidad que permitiese su distribución copiosa, sería una de las formas de concretar tan saludable afirmación nacionalista. Esta distribución copiosa sería una invitación general, gentil y positiva, a fijar la atención en la «obra imperecedera» de quien nos ha dejado «el ejemplo, tan raro entre nosotros, de una madurez exclusivamente consagrada a las letras».

FELIPE PARDO Y ALIAGA EL PRIMERO DE LOS SATIRICOS DEL PERU INDEPENDIENTE

Felipe Pardo y Aliaga es caso típico del limeño en quien por herencia está ausente el criollismo del nuevo «Perú mestizo y orgulloso de serlo». Su fina y aguda sátira que informa sus producciones inspiradas en su íntima protesta contra nuestras instituciones republicanas y democráticas, costumbres locales y modalidades peculiares de nuestra estructuración social, es el fiel reflejo de su rebeldía de español, consecuente en él por ser hijo de un oidor que luchó contra la emancipación del Perú, y cuya realidad le fué intolerable.

Existen causas y circunstancias determinantes de la rudeza con que Pardo ataca nuestra realidad social y política. Ventura García Calderón en el tomo «Costumbristas y Satíricos» de la «Biblioteca de Cultura Peruana» dice: «En el curso de su niñez había oido conceptos poco favorables a la emancipación que estaba en el ambiente. Cuando regresa al Perú, en 1828, no puede serle grata esta libertad novísima que confunde las castas y los colores de la piel, haciendo del hombre blanco el igual del «negro que unce tus bueyes». Desconfía en los albores de la república de esta libertad democrática que él juzgaba imposible. Adopta pero renegando el nuevo sistema de cosas...» «Al aristócrata empedernido no le parecía posible ni viable esta raza tricolor que ha surgido en el Perú mestizo y orgulloso de serlo. Se equivocó Don Felipe, pero a ese mismo despecho debemos el humor punzante de sus artículos de costumbres, sus letrillas y su «Constitución Política». «Por su educación española, por sus pujos de aristócrata, él no estaba a tono con la reciente y efervescente realidad republicana de su patria. Trasuda un ingénito desdén que la convivencia de muchos años iba a modificar».

Felipe Pardo es el más castizo de nuestros escritores y ocupa el primer puesto entre los satíricos del Perú Independiente porque «tuvo en alto grado la viveza y la sal de Lima, avaloradas en él por una acendrada educación literaria y por un gusto puro y delicado (1) y porque «miraba con ojos de extranjero, es decir, más clarividente por menos habituado a la realidad circundante». (2).

Como el criollismo no reside en el asunto sino en la manera de interpretarlo, que no es posible cuando no está en el alma y en la conciencia, la naturalidad y aticismo de Felipe Pardo, cuando pinta las costumbres criollas de pura cepa limeña del nuevo Perú, no tiene por causa su adaptación al medio sino su «facilidad para percibir y expresar con exactitud el lado vulgar y real de la vía».

Pardo es criollo muy restringidamente, cuando inspirado por sentimientos solidarios y merced a su penetrante poder de observación, refleja con fidelidad personajes, usos y ambiente de la buena sociedad de Lima, a la cual satiriza con benevolencia, guiándose tan sólo de su amable afán de corregir. Esta manera más tolerante se manifiesta en sus comedias «Frutos de la Educación» y «Una huérfana en Chorrillos».

La cita que hace Angélica Palma de lo que dice Juana, que personifica a «la dama de alta posición, viva de genio y desenfadada de lenguaje», en la comedia «Frutos de la Educación», conjuntamente con el comentario que la precede y el que va al pie, indican la medida del criollismo restringido y epidérmico de Pardo:

«Y como telón de fondo de los personajes presenta Pardo, lo mismo que Pancho Fierro en sus láminas las costumbres peculiares: los paseos a Amancaes, los baños de mar en Chorrillos, las comilonas con sabrosa y variada abundancia de viandas criollas, las borregas (sorpresas diríamos ahora) que en las noches de verano interrumpen el sueño de los dormilones para obligarlos a armar bureo,

(1) Riva Agüero «Carácter de la Literatura del Perú Independiente».
(2) Ventura García Calderón «Costumbristas y Satíricos».

y los saraos así descritos por la señora que se propone deslumbrar a sus amistades:

...pongo la casa
hecha una gloria con velas
de esperma. Que hablan; que ríen:
que a eso de las ocho empieza
la primera contradanza;
acaba, y sacan bandejas
ofreciendo a las señoras
copas de ponche. Refrescan;
descansan un rato; vuelven
a la contradanza, y vuelta
al ponche. A eso de las once
se les pone una gran cena
que al mismo tiempo que nutra
un nuevo placer ofrezca
a las gentes ya cansadas
de beber y hacer piruetas
y los ánimos disponga
para los bailes de tierra,

los bailes de tierra, es decir, la mozamala y la zamacueca que don Felipe Pardo, europeisante, moralista, refinado juzgaba licenciosas y de mal tono y que para Manuel Ascensio Segura, criollo neto y campechano, limeño legítimo, encerraban toda la sal y la canela, la alegría y la gracia de su amable ciudad». (1).

Sus celebrados artículos «Un viaje» y «El Paseo a Amancaes» revelan la agudeza de ingenio y penetrante observación de Pardo. Son dos joyas literarias.

(1) Conferencia sobre Pancho Fierro.— «Costumbristas y Satíricos». Biblioteca de Cultura Peruana.

«Un viaje» es la pintura del ambiente apacible y de los hombres indolentes y blandos de la Colonia próxima a finar, de los cuales quedaban algunos rezagados. La verdad en la pintura del candor y timidez pueriles de «El niño Goyito que va a cumplir cincuentidós años» lo cubre de ridículo, lo mismo que a la aristocracia virreinal que por estar excluída de la función pública daba a los sucesos de la vida privada trascendencia que marcaba época.

En los párrafos finales de «Un viaje» su autor deja en trasparencia la nostalgia presentida ante la ineludible ausencia de la tierra, por la cual siente en lo íntimo inclinación particular, si bien, en su rebeldía de español fustiga sus instituciones democráticas costumbres locales y modalidades de nuestra estructuración social.

Este artículo refleja lo criollo tomado en el primer sentido que tuvo la palabra porque es el fiel reflejo del ocaso de los descendientes de los españoles nacidos en el Perú que «constituyen clase aparte con hábitos, ideas y constitución mental y física diversa de los peninsulares» y muy distinta también a la clase dirigente del Perú republicano.

En el «Paseo de Amancaes» se pone de relieve la acendrada educación literaria de Felipe Pardo. En todos los pasajes pone a prueba su facilidad para percibir y expresar con exactitud el lado vulgar y real de la vida y su naturalidad y aticismo en la pintura de las costumbres limeñas. Su sátira es punzante para algunos hábitos y tipos, y es suave y comprensiva para otros. Su estilo se hace de pronto discursivo y el tono con frecuencia se torna sentimental, cuando confiesa la fascinación que sobre él ejerce Rosaura con su virtud y su belleza imponderables: «Rosaura formaba uno de aquellos seres privilegiados, que tienen la gracia de suplir, por una especie de inspiración celestial las imperfecciones de la educación; que las suplen hasta el grado, que quizás llamarían la atención en sociedades más adelantadas; y por fin que tienen el secreto de convertir en segundos las horas que un hombre de corazón y de gusto está sometido a su inmediata influencia»... «Rosaura, que de frente y de perfil, a la luz y contra la luz, era para mí una visión celestial».

En este artículo el tono criollo sólo aparece cuando para afirmar la fisonomía mental de uno de los personajes, que copia de la realidad, repite sus vocablos y sus giros. Está ausente la travesura criolla que se manifiesta cuando el escritor logra «desatar el doble lazo entre sus sentimientos y sus ideas, entre su espíritu y la vida».

La lectura de la variada producción literaria de Felipe Pardo conduce necesariamente al reconocimiento de sus excelentes dotes de escritor. Por su penetrante observación y su humor punzante es el primero entre los satíricos del Perú independiente. Mas este reconocimiento del mérito literario del escritor que pinta con naturalidad y aticismo las costumbres limeñas, no implica su inclusión entre los intérpretes genuinos del criollismo de pura cepa limeña, y republicano, pues, en estos no puede estar ausente el optimismo ante los problemas planteados por el conflicto entre los elementos constitutivos de nuestra nacionalidad en gestación, optimismo que proporciona el lente a través del cual se contempla el Perú confuso con traviesa superficialidad y despreocupación del lado serio.

Y es refiriéndose al criollismo del Perú mestizo y orgulloso de serlo que Abelardo Gamarra pronunció su fallo: «Don Felipe Pardo todo pudo ser menos criollo en el sentido estricto de la palabra».

Precio: $. 2.00